

A large, layered rock formation jutting out into the ocean under a clear sky. The rock is light-colored with distinct horizontal layers and a dark shadowed area. The ocean is a deep blue with white foam at the base of the rock. The sky is a pale, clear blue.

¿Creencia o fe?

Una diferencia importante

Gaston Racine

Gaston Racine

¿Creencia o fe?
Una diferencia importante



Croyance ou foi?

Gaston Racine

© Eva Racine

Edición en castellano autorizada por Eva Racine.

Todos los derechos reservados. Se permite la reproducción parcial siempre que se cite la procedencia. No se permite ningún tipo de reproducción, parcial o total, con intenciones comerciales.

Traducción: Ferran Cots

Revisión de textos: Abigail Rodés

Maquetación y diseño: Ferran Cots

¿Creencia o fe? Una diferencia importante

Primera edición: abril 2013. Segunda impresión: abril 2014

Las citas bíblicas son de la versión Reina-Valera de 1960

Imprime:



Índice

Introducción	7
Una diferencia importante	9
Creer en Dios no salva a nadie	11
Nuestra actitud ante la Biblia	13
¿Se puede creer en la inspiración de las Escrituras?	15
Algunas afirmaciones bíblicas	17
De los Evangelios al Apocalipsis	19
La autoridad de Jesús y los apóstoles	21
Respuesta a algunas objeciones	23
Conclusión	25

Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra.

(2 Timoteo 3:16-17)

Introducción

Creo no sorprender a nadie si digo que vivimos días de gran confusión en el mundo, tanto en el terreno de la política como en el terreno religioso.

Mientras los partidos pululan y los líderes políticos buscan comprometerse con la izquierda, el centro o la derecha, paralelamente proliferan las creencias más diversas, las personas son invitadas a aceptar las doctrinas más extraordinarias y son presionadas por todas partes para unirse a nuevos movimientos. El mundo, desorientado e inestable, busca su camino. ¿Quién sabrá mostrárselo?

Cuando se eleva una nueva voz, la primera preocupación de la mayoría que la escucha, no es saber si lo que dice es verdad, sino buscar qué es lo que le inspira y cuales sus intenciones. No se sabe juzgar objetivamente. Se vive con prejuicios y espíritu de partido.

Si afirmamos ser creyentes, automáticamente una parte de nuestros conciudadanos desvía la conversación y manifiesta abiertamente que las cosas de la fe no les interesan. Otros rehúsan el diálogo, que probablemente sería fructífero tanto para unos como para los otros.

Si, creyendo, seguimos el rito romano, inmediatamente aquellos que no aceptan las enseñanzas de la iglesia católica y algunos de sus dogmas, creen que no tienen nada que aprender de tales conversaciones.

Si, por el contrario, algunos suponen que pertenecemos al protestantismo; entonces aquellos que creen que deben situar la tradición por encima de las Sagradas Escrituras, nos considerarán inmediatamente como sospechosos, peligrosos propagadores de herejías.

Así que parece que no exista hoy ningún hombre capaz de retener la atención de todos y aportar un mensaje universal, que corresponda a las necesidades actuales de la raza humana.

A pesar de estas dificultades, y sin ninguna pretensión personal, hemos creído nuestro deber aportar aquí un mensaje en el cual esperamos que todas las personas, sin importar su filiación, discernirán una voz más autorizada que la nuestra, un pensamiento que no es fruto de una gran erudición, sino el eco de la sabiduría eterna.

Sí, nosotros solamente somos una voz, una voz que quisiera hacer conocer a los ateos el amor que Dios tiene por ellos, y recordar a los creyentes que sus responsabilidades en este mundo están por encima de sus privilegios o de sus pretensiones.

Gaston Racine

Una diferencia importante

Si bien los diccionarios consideran la palabra *fe* como un sinónimo de *creencia*, existe entre estos dos términos una diferencia muy clara, que quisiéramos señalar; porque creemos que hoy en día esta diferencia es de suma importancia y nos interesa conocerla.

La *creencia* es una opinión pura y simple que uno puede haber heredado de sus padres, de la tradición o haberla adquirido a través de la educación recibida. Así hay creencias judías, musulmanas, hindúes; creencias cristianas católicas, ortodoxas o protestantes.

Mientras la fe es, ante todo, un acto de corazón que compromete la vida por completo; la creencia es un acto del espíritu sin gran influencia en la vida práctica.

La creencia es, en el fondo, una adhesión intelectual a una doctrina o a un conjunto de principios que no se busca analizar, y mucho menos definir, que deja al hombre en su estado natural. Por el contrario, la fe es una convicción firme, constante y completa. No se transmite por la sangre. No la heredamos de nuestros padres, amigos o hermanos. No sale de nuestro corazón carnal, sino que es creada en las almas por el poder de Dios, por la inspiración del Espíritu Santo, al escuchar la Palabra de Dios. La fe tiene por objeto revelar a Dios y se manifiesta en una total confianza por el testimonio de Dios y por una obediencia implícita a sus mandamientos.

Si el objeto de la creencia puede permanecer vago e indefinido, si como dijo Roubaud "*el pueblo puede entregar su creencia a cosas indignas de ser creídas*"; la fe, por el contrario, tiene como solo objeto el testimonio de Dios, y este testimonio lo considera indiscutible.

Si fuera posible que, durante algunos instantes, fuéramos arrebatados al cielo y participáramos de la omnisciencia divina, constataríamos con pavor y asombro, considerando la cristiandad, que si bien una gran muchedumbre de personas afirman todavía tener una creencia, sin embargo carecen de fe.

Y, súbitamente, para hacer más clara y viva nuestra exposición queremos hacerte una pregunta:

¿Tienes una creencia o tienes fe?

Encontramos hoy en día una multitud de personas que tienen una creencia. Son numerosos los que piensan que es razonable creer en la existencia de Dios, reconociendo fácilmente que *"de la nada, nada puede nacer"*.

La misma conclusión se encuentra en unos versos, citados a menudo por Voltaire:

*"El universo me desconcierta,
y no puedo pensar que este reloj funcione
y no tenga necesidad de relojero".*

Creer en Dios no salva a nadie

La existencia de Dios propiamente dicha no es un punto objeto de fe. Él aparece como la verdad mejor establecida, tanto por el conjunto de pruebas aportadas por la razón y las Sagradas Escrituras, como por la debilidad de las objeciones de los adversarios.

Pero la creencia en Dios, en un Ser supremo, en una causa primera perfectamente inteligente, no significa que se tenga la fe, esta virtud sobrenatural ofrecida por Dios a todos los hombres y por la cual tenemos por cierto todo lo que Dios ha revelado. El acto de fe presupone entonces la existencia de Dios y tiene como postulado una revelación trascendente.

Si no existiera la revelación divina, el hombre no podría tener ninguna certidumbre en cuanto a su origen y su destino. Abandonado a sus solos recursos no conocería al Creador, ni a la criatura y, además, no se conocería a sí mismo. Se siente inseguro y todo le parece absurdo, sin sentido.

Sin revelación el hombre se crearía su propio dios, un dios a su imagen. No sabrá hacer otra cosa que confundirlo con las fuerzas de la naturaleza y será solamente un panteísta, pero nunca un cristiano. El dios impersonal y monstruoso de los panteístas, el dios lejano de los deístas, no aportan nada al corazón. La necesidad de la humanidad es tener a Dios con ella, Dios interviniendo en la vida y las circunstancias de los hombres. Pero, desgraciadamente, Dios, el único, el verdadero, el viviente, no es conocido porque el hombre no le busca.

¿Nadie oíría hoy la voz de Dios diciéndole, como a Isaías el profeta: *¿Por qué cuando vine, no hallé a nadie, y cuando llamé, nadie respondió?* (Isaías 50:2).

¿Cómo quieres que Dios intervenga favorablemente en el mundo y en tu vida, cuando con tu creencia le das la espalda, no manifestando más que menosprecio o indiferencia a su Palabra?

¡Crees en Dios! Bien, pero eso no salva.

Las Escrituras dicen que *"también los demonios creen y tiemblan"* (Santiago 2:19), algo que muchos hombres no hacen. Sí, tienes una creencia, pero te falta la fe, *"la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve"* (Hebreos 11:1).

Ahora bien, si las perfecciones no visibles de Dios, si el testimonio de su poder eterno y de su divinidad se discernen y aparecen visibles a nuestro espíritu a través de las obras de la creación, el testimonio de su voluntad y de su amor de encuentra en la Escritura y se revela al corazón (Romanos 1:19-20; Salmo 19). Este libro contiene el testimonio que Dios nos da a nosotros y sobre su Hijo. De la fe en este doble testimonio depende nuestra salvación presente y eterna. Si no lees las Escrituras, si no haces nada para conocer este testimonio, permanecerás sin fe. El apóstol Pablo dijo: *"Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios"* (Romanos 10:17).

¿Tienes fe?, no quiere decir ¿crees en Dios?, sino ¿crees en lo que Dios dice?

Nuestra actitud ante la Biblia

¿Ha hablado Dios realmente? Esta es la pregunta, y de la respuesta que demos dependerá nuestra creencia o nuestra fe.

Algunos afirman que Dios ha hablado y pretenden que su Palabra está al alcance de todos, que se encuentra en un libro que ya hemos mencionado: la Biblia. ¿Qué prueba tienen para proclamar de esta forma que la Biblia es la Palabra de Dios? Sabes que este libro afirma de sí mismo su autoridad e inspiración divina. El apóstol Pablo destaca que *"toda la Escritura es inspirada por Dios"* (2 Timoteo 3:16). El apóstol Pedro declara *"que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo"* (2 Pedro 1:21).

Pero nadie puede ser su propio testigo y tenemos el derecho de pedir pruebas.

¿Qué es la Biblia?

Si preguntamos a diferentes personas, a fin de aclarar esta cuestión, tendremos los testimonios más variados y contradictorios.

En el mundo religioso unos dirán con seguridad, serenidad y sencillez, que la Biblia es la Palabra de Dios.

Otros, por el contrario, serán más reservados y explicarán con seriedad que la Biblia contiene la Palabra de Dios y que corresponde a ciertos teólogos y eruditos determinar que partes son Palabra de Dios o de los hombres.

Algunos, sin negar el valor moral del libro, rechazarán toda idea de inspiración divina. Mucha gente dirá, sin reflexionar, que la Biblia es un libro de los judíos. Otros afirmarán que es el libro de los protestantes.

Finalmente, desde las encíclicas de los últimos Papas, y a pesar de los esfuerzos realizados por hombres de fe y de ciencia para hacer llegar la Biblia a las manos de todos, oíremos decir a bastantes personas que la Biblia es el gran libro de la iglesia católica.

Sin embargo otros no dudarán en ponerte en guardia contra este libro voluminoso, lleno de misterios y contradicciones, que habla de cosas extrañas y dudosas, de fábulas y leyendas; un libro que nos habla de costumbres, usos y hábitos de un pueblo de otra época, que contiene cosas escandalosas, que es peligroso para los niños y que te da una idea falsa de Dios y del hombre.

Los que comparten estas opiniones sobre la Biblia prueban simplemente que:

- *no la conocen personalmente,*
- *no la han entendido o*
- *se resisten a aceptar la verdad.*

¿Se puede creer en la inspiración de las Escrituras?

Seamos leales y examinemos, sin tomar partido previo, este libro.

Con la Biblia nos encontramos en la presencia de una obra que puede ser comparada a una pequeña biblioteca, dividida en dos partes, el Antiguo y el Nuevo Testamento. Treinta y nueve libros componen el Antiguo Testamento, es decir la alianza de Dios con un pueblo en particular: Israel. El Nuevo Testamento está compuesto por 27 libros, la nueva alianza establecida por Dios con toda la humanidad, sin distinción de raza.

Estos sesenta y seis libros fueron escritos, a lo largo de dieciséis siglos, por más de cuarenta autores diferentes, entre los cuales encontramos representantes de todas las clases sociales: reyes, poetas, hombres de estado, médicos, soldados, recaudadores de impuestos, pescadores, pastores...

Pero, dirás, esto no prueba que estos hombres fueran inspirados por Dios.

¿Qué prueba tenemos entonces de la inspiración de la Biblia?

Me limitaré a citar cinco, después de lo cual examinaremos si el mensaje bíblico es absurdo o anticuado.

1. La primera prueba es el cumplimiento de las profecías. Cumplimiento que podemos verificar por nosotros mismos.

a) Las profecías referentes al pueblo judío, su dispersión y restauración. Actualmente, ante la existencia del estado de Israel, los incrédulos son confrontados ante la evidencia.

b) Las profecías respecto a las naciones paganas y, en particular a Babilonia. Estas profecías son ya historia y no ofrecen objeción alguna

c) La profecía de Jesucristo sobre la destrucción de Jerusalén.

d) La profecía de Jesucristo sobre la fundación y la edificación de su Iglesia.

e) La profecía de los apóstoles anunciando el avance de la apostasía de la cristiandad y los burladores e incrédulos de los tiempos actuales.

Aqué que la lee sin tomar partido exclama: ¡Es la verdad!

2. La unidad del Espíritu que impregna toda la Biblia, a pesar de su asombrosa diversidad de tiempos y autores. Por todas partes encontramos el mismo espíritu y el mismo objetivo.

3. El carácter atemporal, de universalidad de los mensajes de la Biblia. Son de aplicación admirable a todas las épocas, a todos los temperamentos, a todos los grados de civilización, a todos los pueblos y a todos los siglos. La Biblia está siempre por delante del progreso de la civilización.

4. Su conservación maravillosa y su difusión creciente. Libro atacado, perseguido, prohibido, quemado, está traducido a más de mil idiomas y dialectos¹ y se cuenta su difusión en millones de ejemplares por año.

5. Finalmente la quinta prueba, la más importante, se encuentra en el efecto que produce en las personas, en la transformación que produce en los hogares y en las vidas, en la impresión inmediata e irresistible que esta palabra produce en toda conciencia.

Escuchándola exclamamos: ¡Es la verdad!

Si, con todo, hay personas que no reconocen esto, es que el Evangelio les está todavía velado. *“Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios”* (2 Corintios 4:3-4).

¹ Debemos tener en cuenta que este libro fue escrito a mediados del siglo XX. Hoy en día la Biblia, o porciones de ella, está traducida a cerca de 2.500 lenguas (fuente SBU, 2013).

Algunas afirmaciones bíblicas

Consideremos ahora brevemente el contenido de la Biblia. ¿Qué nos enseña sobre el hombre y sobre Dios? ¿Su enseñanza, es absurda, o anticuada?

No vamos a discutir o criticar los textos, pero, delante de las afirmaciones bíblicas, vamos a plantear simplemente esta pregunta: ¿Es cierto o falso?

1. La Biblia explica que el hombre, creado por Dios, se separó voluntariamente de Él.

¿Es cierto o falso? Es fácil constatar hoy que los hombres viven lejos de Dios.

2. Por su desobediencia, alejado de Dios, el hombre cayó, según la Biblia, bajo el poder del pecado y de la muerte.

¿Es cierto o falso? El pecado es una realidad y la muerte una trágica evidencia.

3. Abandonados a sí mismos, es decir sin ley, los hombres se volvieron tan malvados que Dios decidió destruirlos mediante el diluvio.

¿Es cierto o falso? No te pregunto si crees en el diluvio, del que el mismo Jesús habló, sino si la experiencia no prueba que un pueblo sin ley degenera en anarquía.

4. Después del juicio del diluvio los hombres confirmaron las afirmaciones de Dios y demostraron que el corazón del hombre es incurable. La Biblia nos enfrenta a una evolución regresiva. Habiendo conocido a Dios los hombres no le glorifican como Dios y se entregan a la idolatría. La idea de la divinidad se degrada. Las fuerzas de la naturaleza fueron divinizadas. Los hombres se entregaron a pasiones desbocadas, a la codicia, a un espíritu reprobado que provocaba el juicio divino y hacía que brillantes civilizaciones

volvieran a la edad de piedra.

¿Es cierto o falso? ¿Cual es el testimonio de la historia?

5. Dios intervino en su gracia. En medio del paganismo eligió un hombre: Abraham. Lo hizo salir de la idolatría revelándose a él y le dio la promesa de que sería el padre de un gran pueblo y que todas las naciones serían bendecidas en su descendencia, que es Cristo.

¿Es cierto o falso? Israel, Cristo, las comunidades cristianas en todas las naciones son una realidad.

6. Dejando momentáneamente de lado las naciones, Dios se dedica a preparar al pueblo que había elegido. Hizo de Israel el depositario de sus pensamientos y le dio una ley, con la intención de hacer nacer en este pueblo al Mesías, quien salvaría no solamente a Israel, sino al mundo entero.

¿Es cierto o falso? La ley de Moisés, ¿no es la base de casi todos los códigos civiles del mundo?

7. Finalmente la Biblia nos enseña que, en el tiempo fijado por Dios, cuando la ley dio al hombre conciencia de su pecado y le reveló su impotencia para salvarse a sí mismo, Dios cumplió su promesa y envió a Jesucristo al mundo para rescatar a la humanidad.

¿Es cierto o falso? Creyentes o incrédulos nos encontramos en la era cristiana.

De los Evangelios al Apocalipsis

Sí, Jesús vino. Los Evangelios nos cuentan su nacimiento, sus palabras y sus hechos, su muerte y resurrección.

Los Hechos de los Apóstoles, que cubren un período de una treintena de años, dan testimonio de la resurrección de Cristo y de los frutos de su obra. En un espacio de tiempo de unos treinta y cinco años aproximadamente, el Evangelio anunciado por un puñado de hombres pasó de Jerusalén, una ciudad judía, a Roma, la capital del mundo antiguo, pasando por Atenas, el centro de la sabiduría humana, y por Corinto, lugar de lujuria de un mundo en decadencia.

Las sinagogas serán olvidadas, las escuelas de los filósofos cerrarán sus puertas, los lugares de vicio perderán su clientela, los templos paganos serán destruidos, pero por todas partes vieron la luz nuevas comunidades, formadas por judíos y paganos convertidos a Cristo que se llamaban hermanos, mientras que el mundo les llamaba "*cristianos*".

Y es así como empezaron a circular las cartas que los apóstoles se vieron forzados a escribir a estas iglesias nacientes o a servidores llamados a continuar su labor. Es en las cartas de Pablo, Pedro, Juan, Judas y Santiago donde la doctrina cristiana es definitivamente fijada.

Por último en el Apocalipsis de Juan, se levanta un velo sobre los acontecimientos futuros, sobre los acontecimientos que conducirán a la consumación de todas las cosas en los cielos y en la tierra.

Este es, brevemente, el contenido de la Biblia.

La autoridad de Jesús y los apóstoles

Jesús dio testimonio de todas las partes del Antiguo Testamento: la Ley, los Salmos y los Profetas. Él eligió los escritores del Nuevo Testamento, hombres como Mateo, Pedro y Juan, testigos oculares de su vida, muerte y resurrección. Hombres como Lucas, un médico griego, o como Saulo de Tarso, judío pero ciudadano romano, que antes había sido enemigo de los cristianos. A este blasfemo se le apareció Jesús glorificado de forma personal y le transmitió su Evangelio, en completa armonía con el que predicaban los apóstoles.

Cuestionar la Biblia, o más exactamente, su mensaje, es cuestionar a Cristo, poniendo en duda su infalibilidad y su divinidad.

Es por esto, al término de esta exposición, que quisiéramos invitar a todos aquellos que se contentan con tener una creencia, a autoexaminarse y pensar si no será ya tiempo para ellos de tener fe y, para tenerla, volver a la Biblia.

Respuesta a algunas objeciones

Pero, dirás todavía, ¿no corremos el riesgo de extraviarnos en esta lectura? La abundancia de sectas, ¿no es la prueba de que cada uno interpreta la Biblia a su manera?

Nadie tiene la libertad de aprender un idioma como bien le parezca. Debe someterse a reglas bien establecidas y reconocidas. Sucede lo mismo con el estudio de la Biblia.

Personalmente estoy persuadido que los diferentes puntos de vista que manifiestan los verdaderos cristianos, sobre cuestiones de detalle o forma, no proviene de un desacuerdo esencial sobre el fondo del mensaje, sino del mayor o menor grado de entendimiento y de intimidad que las almas tienen con Dios.

En cuanto a las diferencias profundas que separan y enfrentan las llamadas comunidades cristianas, estoy convencido que provienen de una de las siguientes actitudes. O de aceptar una tradición a la que se da más crédito que a la Biblia, la sola autoridad en materia de fe, la sola regla dada por Jesús y los apóstoles y que permite tener bajo control la tradición; o bien de una posición racionalista, que se permite mutilar, deformar y reinterpretar el mensaje bíblico.

Por el contrario, todo hombre sincero que sigue la regla de no añadir ni quitar nada al testimonio apostólico, encontrará fácil estar de acuerdo con aquellos que se dejan juzgar por la Biblia, antes que dedicarse a criticarla. En este estado de ánimo, puedes leer la Biblia sin miedo. Ella conformará tu pensamiento, corregirá y hará visibles las contradicciones de tu vida y te hará descubrir al verdadero Dios, no el "buen Dios" de la gente valiente, sino el Dios poderoso y santo, el Dios de luz y verdad, el Dios de justicia, de gracia y amor. Y si encuentras en tu lectura la historia de cosas escandalosas, la mención de vicios vergonzantes, recuerda que estas cosas son habituales en un mundo de oscuridad. Entenderás que el método de Dios en la Biblia es el de hacernos odiar el pecado, de hacerlo odioso a fin de apartarnos de él. Verás entonces que el me-

todo de los hombres en el cine y la literatura, es el de hacer pasar el pecado como una costumbre, de hacerlo atractivo. Así que no es la Biblia la que es escandalosa, sino el pecado que ella denuncia.

En Sodoma Dios condenó la homosexualidad de todos los tiempos. En el horror que nos inspiran los actos de Lot y sus hijas, Dios nos hace reprobos los incestos en nuestra época. En el adulterio y el crimen de David, Dios proclama a nuestros contemporáneos que no se pueden violar sus leyes impunemente.

Y si este libro te habla de guerras y de sangre derramada, recuerda también que la historia del mundo no es más que una sucesión de muerte y combates. Y si Dios a veces parece ser responsable de semejantes matanzas, recuerda que en tiempos que la impiedad llegó a su cima, Dios hizo que al tiempo de su paciencia le sucediera un tiempo de su cólera. De esta forma Él puede, bien sea por una guerra, un terremoto, un maremoto, una inundación o una erupción volcánica, golpear a los que se niegan a arrepentirse.

Si el hombre da a todos estos cataclismos explicaciones científicas, la Biblia nos dice simplemente que, a través de estas cosas, Dios habla a los hombres que desprecian su gracia y se rebelan contra Él, a los hombres que viven en contradicción, que muestran una creencia, pero que no tienen fe.


Conclusión

Amigo, créela, la Biblia es un libro santo, que santifica a los que la leen. Tú, que buscas la verdad, tú que no estás satisfecho de tu verdad ni de la de los otros, busca en las Escrituras siguiendo el consejo de Cristo, que dijo de sí mismo: *"Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí"* (Juan 14:6).

Y vosotros, cristianos, que pretendéis ser los hombres de la Biblia, plantearos estas preguntas:

- ¿Qué lugar real ocupa la Palabra de Dios en mi vida?
- ¿En qué medida la Escritura inspira mis proyectos y planes?
- ¿Están mis ambiciones de acuerdo con los propósitos de Dios hacia mí?

Cuando la Biblia no sea solamente un libro de cabecera, sino que inspire nuestros pensamientos, palabras y actos, el mundo incrédulo, al que Dios aun ama, podrá ver la diferencia entre la creencia y la fe, entre una religión formalista y la verdadera vida.

A dramatic seascape featuring a large, layered rock formation in the foreground. The ocean is a deep blue with white foam from the waves crashing against the rocks. The sky is a clear, pale blue. The text is overlaid on a semi-transparent white rectangular background in the upper left quadrant.

**La fe es un acto de corazón que
compromete la vida por completo.
La creencia es un acto del espíritu
sin gran influencia en la vida práctica.**

FC
EDITOR